

OJOS DE CAMALEÓN

JOSE LUIS ORTIZ



Capítulo 1

CAPÍTULO I

El mundo en su superficie nunca está en silencio, en cualquier lugar, por más pequeño y recóndito que sea, siempre existirá un sonido. No hay escenas mudas en el planeta. Siempre algo o alguien, se encuentra elaborando cualquier tipo de ente sonoro, que a su vez, es oído por algún otro ser. Considero que todo sonido es captado por alguien, solo que no todos tienen la inteligencia o el raciocinio necesario para comprender que se encuentran escuchando algo. Las rocas, los árboles, los animales, el agua, todos los perciben. Puede sonar esto un tanto agobiante y hasta asfixiante en cierto modo, pensar que ni en el lugar más solitario o lejano del mundo uno no se pueda aislar completamente del sonido, pero puedo asegurar que es verdad, uno no puede escapar. Excepto que la parálisis sea ínsita de ti.

Revoloteaba esta idea una y otra vez en mi cabeza, desde mi apabullante cama, mientras sentía el bullicio de los pájaros afuera. No sabía bien de dónde provino, ni porqué la estaba repitiendo, solo la pensaba y la reformulaba. Casi sin interés, de la manera más trivial posible. Lo que de manera efectiva me relajaba por completo, era contemplar el escenario matinal de afuera. El observar a aquellas aves y analizar, al mismo tiempo, cómo sus melodías iban in crescendo a medida que la luz matinal se apoderaba del parque. Carajo —pensé— estos seres sí que son dichosos con la llegada del día. Ellos sí que disfrutaban del amanecer y evocaban diversos motivos para mantenerse agraciados. Todas estas pequeñas criaturas moviéndose y cantando de un lado a otro le rinden continuo y perpetuo tributo a la vida. Sin embargo, mis rancios pensamientos terrenales y oscuros, visitaban también mi mente durante estos minutos. A mi cabeza parecía encantarle hallar aspectos retorcido de mi vida para contrarrestar la hermosa impasibilidad matinal. Era su vocación recordármelos a diario. Aunque, había algo en esa casa que me hacía olvidar de todo esto y mandar al diablo estos pensamientos. Patearlos de modo violento para no verlos más, por lo menos hasta el otro día. Debía tomar aire de modo profundo, poner los pies en el suelo y empezar el día.

—¡Arriba, Bruno que ya son las siete!— grité. Si había algo que era verdaderamente difícil era despertar a ese niño. Diablos, que debía exigir al máximo mis cuerdas vocales. En gran parte contribuía la inmensidad de las dimensiones de la casa. Era enorme. Antigua pero hermosa. Fieltro por doquier, anaqueles del siglo XX, madera finísima en las escaleras. Su exterior le hacía honor a sus años. Parque de dos mil metros cuadrados, aroma a césped húmedo por doquier, innumerables pinos por todos lados. Me costó demasiado trabajo restaurarla pero por la módica suma por la que la adquirí, no puedo quejarme. Una casa verdaderamente hermosa y

soñada, que provino de un suceso triste y de pesadilla.

En un santiamén tomamos el desayuno y salimos a enfrentar nuestras penosas obligaciones cotidianas. Bruno era un niño muy obediente, de docilidad manifiesta y de aguda inteligencia. La mitad del día la pasaba en un colegio guardería para niños y ya reconocía varias letras del abecedario. Era un verdadero genio a sus cuatro años. Todos los padres deben decir lo mismo de sus hijos pero él era especial. Siempre me pedía una mascota, lo que fuere; perro, gato o pájaro. Sin embargo, siempre le remarcaba que un animal es una responsabilidad muy grande que merece atención y cuidado. Él lo entendía, de alguna u otra forma. Éramos solo dos en esta inmensa casa y un animalito no podía quedarse solo demasiado tiempo, había que atenderlo y preocuparse por él, era un lujo que no podíamos darnos.

—Señor, recuerde traer la autorización firmada a las seis, para la excursión de mañana de Bruno— dijo la maestra.

—Sí, si me acuerdo— musité despacio, levantando la mirada hacia arriba.

—¿Perdón, no le oí?— replicó.

—Que sí, sin falta se la traigo más tarde—respondí, algo avergonzado al creer que no escucharía mi primer chascarro. Le di un beso en la mejilla a mi hijo, le dije que volvería más tarde y emprendí camino hacia mi trabajo.

En mi vida no he conseguido mayores logros, nunca me gustó ninguna profesión convencional universitaria, ni tampoco me apetecía el arte. Sin embargo una de mis mayores victorias era trabajar en las poquísimas cosas que me gustaban. Y no precisamente de estrella de rock, fotógrafo de mujeres o sommelier de bebidas. Un oficinista. Si, un simple y terrenal oficinista. Mi personalidad introvertida, mesurada y metódica me hacía idóneo para esta labor. Era un edificio no muy grande, pero atiborrado de gente. Nos encargábamos de producir notas periodísticas en el canal de televisión de noticias más importante del pueblo. Encontrabas siempre allí; políticos, militares, jefes, dueños, sindicalistas, mentalistas, religiosos y así podría seguir sin parar varias horas. Bello crisol. La regla fundamental era siempre ser lo más imparcial posible, escuchar a todos. Dejarlos lo más contentos posible para después escribir a discreción. Oficialmente no era ni periodista, ni había estudiado algo parecido, pero después de mucho tiempo trabajando en la empresa, haciendo trabajos de gestión, me dejaban producir algunas notas como si fuera uno de ellos. No puedo considerarme una persona con muchos amigos, es más, puedo llegar a decir que no los tengo. Si compañeros, muchos, la mayoría de ellos por mi trabajo y algunos que quedaron en otras etapas de mi vida educativa. Siempre me parecieron hipócritas todas aquellas personas que se jactan de poseer millones de amigos, aquellos que cuando ingresan en

algún nuevo sitio le llaman amigo a cualquiera, al primer día de conocerlo. Casi hermanos que cuando uno los necesita, no titubean en fallarte y decepcionarte. Créanme que tengo suficientes motivos para avalar y fundamentar mis ideas. Quizás fui solo un desdichado que no tuvo la suerte de toparse con las personas indicadas, de buen corazón, sino más bien aquel que tuvo el nefasto destino de cruzarse solo con rufianes, estafadores e interesados. Me negaba a aceptar las hipótesis de mi hermosa Eva, que de manera continua me decía que aquello, más que un problema de los demás era un conflicto interno personal y que debía ser tratado en terapia psicoanalítica. ¿Psicólogos, yo? Jamás, no creo en lo absoluto en ellos, siempre tuve algún sentimiento de fatuo descreimiento de sus teorías. Pero ese es otro tema.

Si en mi interior se halla algún sentimiento similar a la amistad para con alguien, esos destinatarios serían mis tres afables compañeros de trabajo. Conozco a David desde hace diez años, cuando entré a trabajar en la empresa, ingresamos al mismo tiempo, años después ingresó el casi adolescente Tomas. El más joven del grupo y el que se encargaba de relajar la tensión del ambiente. Por último hace un año exacto ingresó Julia. No está en mis planes que sea mi amiga por siempre, aunque la posibilidad está. Es una hermosa persona, una hermosa mujer, muy inteligente. Me siento ingrátido junto a ella. Pero ese también es otro tema.

Era víspera de navidad, la calle se encontraba abarrotada de nieve, me dirigía hacia mi trabajo con la mente fija en un aterrador pensamiento —seguro que desde redacción nos van a encomendar las típicas estúpidas notas sobre milagros o noticias sensacionalistas de navidad— ya me imaginaba el color que debería agregarles a aquellas notas para que luzcan lo más azucaradas posible. Sin embargo al ingresar al estudio, la realidad me sorprendió gratamente. Sé que no debería ser así, pero era inevitable, una sonrisa interior afloraba en mí. El jefe redactor estaba juntado sus pertenencias de su oficina en una caja, cargaba una cara de muy pocos amigos. Había sido despedido. Habían echado a mi jefe. Sí, el que tantas veces nos jodió de lunes a lunes. El que nos humilló siempre que pudo cuando no venía de buen humor a trabajar. Sí, al que no le importaba un rábano los inconvenientes personales de sus lacayos, sin dignarse siquiera a escucharles cuando uno intentaba expresarse.

—¿Eh Jonathan te enteraste? ¡Rajaron al puto cerdo del establo, lo rajaron!— me decía bastante exaltado Tomas. —Lo acabo de ver con mis propios ojos, también vi su maldita cara de odio, creo que estoy excitado — le contesté.

—¿Ah, sí? Pero apuesto que te hubiera encantado verle la cara cuando se lo anunciaron y también cuando salió furioso de la oficina arrollando todo

lo que se cruzaba por su camino.—

—Tienes razón, pero la sola noticia de su despido ya cambio mi humor. Creo que ya nada puede arruinar mi día hoy. Que me bajen mi salario y me aumenten la jornada horaria si quieren, no me importa.— le dije jocosamente.

—Bueno espera un momento y deja que te cuente por que despidieron al innumerable este, te vas a caer de espaldas— me dijo mientras se desabrochaba los botones de las mangas y se sentaba en mi oficina para estar más cómodo. —¿Te acuerdas del millonario asiático dueño de la cadena de casinos que nos frecuentó todo el verano pasado?

— Sí, si me acuerdo. ¿Era el tipo que tenía problemas con la Justicia porque estaba construyendo un casino en ese terreno que el Hospital Publico reclamaba como propio, no?— le pregunté en un tono sibilante.

—Exacto mente maestra. ¡Sí vino como cinco meses aquí! Bueno, te acordarás también las veces que estudiantes, médicos, y lo que fuere, se encadenaron a la construcción para sabotearle la obra y que se yo.

—Si también, los líos con la policía cuando los sacaban por la fuerza, y como las quinientas notas que hicimos sobre el tema, que la verdad me tenían hastiado ya.

—¡Ahí viene lo bueno! Resulta que las casi veinte notas que nos ordenaron que le hiciéramos a el asiático estaban pautadas de antemano con nuestro estimadísimo jefe. El mafioso le daba unos sobrecitos con dinero o vaya a saber que, a cambio de sensibilizar su imagen, enternecerlo un poco ante la gente y exaltar su imagen solidaria con la sociedad. Victimizarlo un poco y que la opinión pública cambie de idea— me dijo en un tono ya detectivesco.

—¿Eso, solo eso? Me imaginaba algo un poco más denso o pesado, toda esta historia es como el pan de cada día para esta gente. Así se manejan estos infelices. ¿Por algo están donde están, no?— le contesté en un tono trivial.

—Ah, pero lo que pasa es que no te conté todavía un pequeño detalle. Toda esta maniobra era absolutamente desconocida por el dueño de la empresa. Resulta que un día vino un enviado del asiático a traer el regalito aquí y por mala fortuna de nuestro jefe, éste se encontraba ausente porque se había ido una hora antes debido a un imprevisto o algo así. Este enviado no tuvo mejor idea que esperarlo hasta que viniera. En ese lapso, llegó el dueño a la empresa y le preguntó qué, que hacia él ahí. Este sujeto desembuchó todo pensando que el dueño era parte del trato.

Y ahí empezó a cocinarse el acta de defunción de nuestro estimado—.

En el instante me acordé de la frase de mi querida abuela que siempre repetía hasta el hartazgo: “el que mal anda mal acaba”, y lo bien que encajaba en la situación. También intenté ponerme en los zapatos de mi jefe para analizar cómo reaccionaría ante esta coyuntura. Siempre utilizo el mismo mecanismo de manera automática. La justicia para mí es ponerse en los zapatos de la otra persona, para entender porque realizó determinada acción, y si su accionar fue noble o no. Podría decir que es mi axioma universal. Analizando bien la situación, llegue a la conclusión de que yo nunca hubiera hecho ese artilugio desleal, porque si bien puedo ser portador de los peores defectos existentes y potenciales, la honorabilidad no es negociable para mí. Ni en esa, ni en ninguna otra situación. En ningún ámbito de mi vida. Era una de las pocas cosas inquebrantables que tenía.

Habían pasado un par de horas de aquel suceso y la oficina mayor ya se encontraba vacía, todos los empleados nos encontrábamos sumidos en una relativa tranquilidad, solo vigilados por las cámaras de seguridad que nos obligaban a actuar como si estuviéramos trabajando, pero claro ya era viernes y nuestra cabeza estaba en otra cosa.

—Me habías dicho que ya nada iba a cambiar tu buen humor el día de hoy. ¿No es cierto?— me lanzó con extraño tono Tomas.

—Claro, por supuesto, es más te podrías morir en este mismo instante de un infarto en frente mío y seguiría como si nada, de buen ánimo, feliz— le contesté sarcásticamente.

—Ah, qué bello ser humano eres. No importa. Te iba a contar una primicia que estoy seguro que va a cambiar tu ánimo.

—No gracias, ya me la contaste más temprano y te agradezco, sí, me cambió el día.

—No es eso, pensé que te podía interesar un traslado de un compañero que me enteré el día de hoy, pero bueno— me dijo haciéndose el misterioso.

—¿Quién, el de recepción? Ya lo sé desde la semana pasada, el me comentó que se va a mudar con su familia.

—Ni de cerca, es alguien muy cercano a ti.

Tenía buen ánimo, pero tampoco estaba para adivinanzas. —Mira no estoy para incógnitas. ¿Quién carajo es?

—Julia— me dijo con un tono serio.

Bajé la mirada de él y me quedé unos segundos mirando su corbata pensando en nada, como anestesiado. Como cuando a un boxeador le acaban de contar hasta diez y se queda con cara anodina mirando el suelo del cuadrilátero, con confusión pero a la vez procesando la derrota y evaluando el futuro próximo. Después de unos segundos reaccioné y atiné a decir solamente; —¿Qué?

—Ok. ¿Ahora te interesó, no?

—Claro que sí. ¿Dónde se va y quien te lo dijo?— le dije ya en un tono serio.

—Pues mira, me lo dijo el del box veinte de la derecha, se lo comentó hace unos días ella, que le van a aumentar el salario en la capital.

Todo me parecía bastante extraño, sobre todo porque estaba seguro de que Julia me lo hubiera contado antes a mí, que a aquel tipo. —No puede ser posible, me estas engañando pedazo de imbécil— le dije.

—¿Para qué lo haría? Aparte ayer Julia me dijo que estaba un poco apretada con las cuentas que debe pagar. Es lógico que quiera progresar. Me parece que ayer fue su último día de trabajo, como hoy es su jornada libre, quizás ya el lunes empiece en la capital.

No lo podía entender, tan repentino, sin haber dado ninguna explicación. Está claro que no me la debía, pero éramos muy cercanos, creo que ella me consideraba su amigo o alguien de confianza. —¿Sabes qué? Le voy a ir a preguntar al tipo del box veinte a ver qué es lo que le dijo Julia exactamente.

En ese momento me tomó del brazo y con un tono burlón me dijo: —¡Caíste hijo de puta!— Y empezó a reír como hiena. ¡Dios! Como odiaba cuando alguien me hacia eso. Tenía que remontarme a la escuela primaria, en donde todos en algún punto éramos seres medio estúpidos e inmaduros. Inclusive en otros ámbitos superiores también había presencia de estos engendros. Pero no me extrañaba de él, en ningún punto. Para mí era como inimputable, porque después de todo le tenía una estima muy grande.

—¿Sabes? Creo que este es el momento justo para golpearte en la cara— le dije.

—Amigo, no sabía que estuvieras tan hasta las pelotas con Julia, en realidad sabemos que te encanta pero esto ya es demasiado. ¡Hubieras

visto tu cara!

—Cállate. En primer lugar soy dueño de reaccionar como me plazca y en segundo lugar... En ese momento irrumpió en el lugar David que llegaba de hacer exteriores toda la mañana.

—¡Adivinen quien se gana la lotería!— dijo gritando muy fuerte.

—Ok, otro más que viene con incógnitas. ¿Qué rayos han comido?— vociferé a ambos.

—¿Perdón? No entiendo bien a que se refiere señor. Recién llego. ¿De qué han estado hablando ustedes dos?— respondió.

—Nada, pequeñeces, más de lo mismo. Lo que pasa es que a Joni esta vez se la he metido un poco más de lo normal, creo que afecté sus sentimientos— excusó jocosamente Tomás. Me quede en silencio por la banalidad de la situación.

—Pero viendo tú cara no creo que hayas sido tú. ¡Dios, que horrible estas hoy! Ten cuidado con esa cara que si llegaras a tener un accidente hoy por la calle, en vez de llevarte a un hospital te llevarían a un veterinario— volvió a intervenir Tomas. Creo que tuvo suerte ese día de que estábamos de buen humor.

—Calla diminuto, deja hablar a los mayores. Les estaba diciendo que; a que no saben quien se gana la lotería— respondió David.

—Hemos estado todo el día confinados aquí. No lo sabemos— respondí.

—Bien, mientras estaba cubriendo la tediosa nota acerca de los preparativos de navidad de la ciudad, decidí ir a tomar algo cerca de allí con los colegas. Estábamos bebiendo unos cafés todos juntos, cuando uno del canal estatal nos empezó a contar porque faltaba la cronista de ese canal. Resulta que ésta tiene como amiga a la hija del señor Klein, el dueño de la casa de sepelios. ¿Me siguen?— nos decía David.

—Sí, claro que si— conteste de manera indolente, mientras Tomas observaba la situación como si se estuviere contando la invasión alienígena a algún país.

—¡El hijo de puta del viejo se ganó veinte millones de dólares! La hija repentinamente renunció al trabajo y vaya a saber qué diablos está haciendo ella, si el que se lo ganó fue su padre. De todos modos corre el rumor de que se mudan a otra ciudad. ¿Entiendes lo que conlleva eso pequeño?

—¡Mierda! El viejo no me interesa un carajo, pero sus hijas sí. ¿Millonarios ahora? Que maldita suerte. Que imbécil, como no aproveche la reunión de graduados del instituto del verano pasado cuando ellas estaban allí— decía lamentándose Tomas.

—¿Cómo que sus hijas? Su hija menor será, porque la mayor es mía. ¿Qué te has creído? ¿Acaso te has olvidado que hasta hace dos meses salí con ella? Aparte para que la quieres si ni siquiera te animas a hablarles, bueno, dudo mucho que te puedan prestar algo de atención, además déjame decirte algo...— siguieron hablando pero no los escuchaba, mi cabeza hizo una pausa debido a esta bizarra conversación que me parecía bastante absurda por cierto.

Mi mente se encontraba en otro lugar. No sé en cual. Lo único que sé es que en el sitio donde estaba, se encontraba Julia. Un gran sosiego me producía observarla y estar cerca de ella. Era similar a la sensación de sentarme en una montaña, que es mi lugar favorito, cerrar los ojos, sentir el ruido del viento seco y relajarme lentamente. Solo había sentido algo así en mi vida una vez, pero la persona que me provocaba eso, ya no se encuentra en este mundo. Esa persona era mía, en el sentido figurado de la palabra, claro, porque nadie le pertenece a nadie. Sin embargo Julia es solo una amiga. Solo eso, una amiga en la que me paso pensando veinte de las veinticuatro horas del día.

CAPÍTULO II

Era lunes y llovía como si no hubiera llovido nunca. La hojarasca en las calles todavía sin limpiar. Sin embargo me gustaba caminar temprano por las calles porque no había ningún tipo de aroma más que el de la naturaleza. El smog y el olor a combustible quemado estaban todavía a unos minutos en el tiempo. El cielo se encontraba oscuro, había una tenue luz que avizoraba un tono grisáceo pero no me importaba, esa mañana tenía mi compañía perfecta. Este día nos había tocado cubrir una feria internacional del libro. Solo recuerdo que iba con Julia.

—¿Por qué tienes esa cara? ¿No dormiste bien?— me dijo, algo somnolienta.

—Si la verdad que no he dormido casi nada. Bruno estuvo con fiebre toda la noche y me he quedado en vigilia todo el tiempo para ver como dormía. No tengo mucha experiencia con esto, la verdad, desde que estoy solo todo me parece más grave de lo que en realidad es.

—Pobre angelito espero que se mejore, el viernes cuando lo vi estaba estupendo— me espetó algo sorprendida.

—No te preocupes Julia, se encuentra ahora en mejores manos. En las de mi madre, je. Se lo dejé hace un rato, hoy no va a la escuela—le dije

mientras la observaba. Diablos, que linda era. Su cabello largo y dorado, siempre perfumado. Ojos verdes enormes, con una galaxia de pecas en su cara que le daba un toque gracioso y hermoso. Su figura era una oda a la lozanía femenina. Cualquier hombre podía caer ante ella tranquilamente, yo no era la excepción. Su presencia lograba aminorar todo lo negativo de mi personalidad. Mi forma de ser, en extremo circunspecta y taciturna cedía ante ella.

Trabajamos toda la mañana en el lugar y a la hora del almuerzo tuvimos mucho tiempo para hablar. Yo lo necesitaba. Sentía interiormente un atisbo de esperanza en que ella me quisiera. No sé cómo, ni de dónde provenía esta sensación, pero lo sentía. Presentía que no sería descabellado confesarle mis sentimientos. Julia tiene veinticinco años, yo soy siete años mayor. Es hija de un gran periodista del país, por lo que el oficio lo llevaba en la sangre, mucho más que yo, que era un simple aficionado.

—¿Sabes? Estos últimos dos años han sido sin lugar a dudas los más tristes de toda mi vida, sin embargo me he dado cuenta de que el ser humano es un sistema tan perfecto y complejo, que permite sobrellevar cualquier penuria dándole lugar al olvido momentáneo. Uno tiene que seguir con su vida, el cerebro siempre intenta estimularnos borrando parcialmente los malos recuerdos suplantándolos con otros. Dándonos nuevas oportunidades, engañándonos, en cierto modo, de que las cosas no volverán a ser como antes. Que serán diferentes, que habrá un final distinto. Me acuesto triste con recuerdos funestos algunas noches pensando en ello, pero al otro día mi mente se levanta de modo distinto, como si el pensamiento se hubiera esfumado durante el sueño. Creo que aquel se queda agazapado en algún lugar de nuestra cabeza, esperando otra ocasión para volver a aparecer y atormentarnos otro día, para ser borrado después por la mente. Al crearnos Dios nos dio una especie de arma o defensa ante cada sufrimiento. ¿No crees?— le dije.

—¿Dios? ¿Al crearnos? ¿Todavía crees en eso?— me contestó de manera trepidante.

—Por supuesto. Desde que tengo uso de razón. Es de las pocas cosas a las que me aferro y hacen mantenerme en pie. ¿Tú no crees?— le dije sorprendido.

—Creía, mi madre me metió la religión toda mi infancia, al igual que a todos. Pero ya no. Somos seres que venimos a la tierra y después nos esfumamos. Nadie nos creo. Bah, en realidad creo que Darwin lo hizo. No me hagas caso, es broma. Respeto mucho a los creyentes, mi madre lo es y le temo mucho— me dijo socarronamente. Tenía una dulzura al hablar que aunque dijera algo tan radical para mí como lo que estaba

escuchando hacia que sintiera ternura y amor por ella.

—También respeto mucho a los ateos y agnósticos, pero más aún porque la mayoría son jueces o abogados. Y a esos tipos hay que temerles un poco. Es más difícil encontrar un hombre de leyes religioso, que a una periodista humilde y sensata— le esboce.

—Me haces reír. Porque yo iba a estudiar leyes, que era lo que mi padre quería, pero terminé estudiando periodismo. El odiaba que yo siguiera su profesión. No sé bien porqué. Mas bien, quizás buscaba ser el único periodista en la familia, o porque quizás deseaba que yo me forrara de dinero y no me muriera de hambre.

—Creo que ambas son válidas, aunque me inclino más por la primera. Un periodista en una casa es una singularidad negativa, imagínate dos. Aunque por mi parte, técnicamente, no soy periodista. Creo que podríamos convivir de manera civilizada— dije, intentando ver la reacción contraria.

—¡Ah, que oportunista! Soy un poco insoportable. Demasiado estructurada y detallista con la vida. Muy compleja. Solamente una persona en mi vida logro entenderme y complementarse conmigo. Aunque de mas esta decirlo, que fue por un par de meses. En el plano sentimental soy un completo desastre certificado y avalado por esos organismos gubernamentales que avalan todo.

—Nos parecemos bastante entonces. Solamente tuve dos relaciones serias y una de ellas fue mi casamiento— le dije.

—¿Esa fue Eva, no es cierto?

—Sí, ella.

—Lo siento mucho, se nota que tu voz baja unos tonos cuando hablas y te acuerdas de ella.

—Creo que es normal. El tiempo ayuda bastante. Sin embargo el recuerdo se empecina bastante en no darse por vencido. La vida sigue igual y yo tengo una razón suficiente, que va al jardín de infantes, como para seguir en pie.

Ella se quedo un rato en silencio mirando la calle, mientras yo pensaba como salir de aquel aciago momento en el que nos encontrábamos. – ¡Te invito el viernes a casa para que vengas a cenar con nosotros! Bruno siempre se divierte mucho contigo, le gusta dibujar y pintar con alguien que sepa, porque yo no puedo dibujar ni un circulo. Tiene todavía guardado entre sus cosas la invitación con figuritas del cumpleaños de tu

sobrina del mes pasado— le dije.

—Genial. Me encantaría. Tengo el viernes a la tarde libre. Además puedo cocinar los alfajores que tanto les gustan a ustedes. ¿Te conté que estoy haciendo un curso de pastelería por internet, no? ¿Qué mejor que un jurado y un mini jurado para que evalúen mis habilidades culinarias? Plan organizado.

—Estupendo. Magnífico. Sublime. Y de paso podemos poner a prueba tu teoría acerca de la imposibilidad de convivencia contigo. Podríamos hacer una prueba piloto de un fin de semana— le dije en tono de broma.

—Bien, bien, fiel a tu habilidad de arruinar momentos. Me quedo con la cena del viernes— me dijo en un tono serio y cómplice al mismo tiempo.

—Es broma. Es broma. Olvídalo. La cena, si. La cena.

No voy a decir a fecha cierta porque no lo sé con exactitud. Tampoco voy a decir cómo fue, porque soy terriblemente torpe para declararme a alguien, y quedaría en evidencia. Lo que sí puedo decir es que no fue en ese viernes de la cena, ni el siguiente en el que le conté todo lo que sentía por ella. Más bien creo que fueron como cinco citas más las que me llevaron a hacerlo. El temor al rechazo fue muy grande y me limitó por mucho tiempo. Pero todo lo que cuesta, conlleva un logro. En este caso el mayor logro en mucho tiempo. Desde ese día formamos un equipo, una pareja casi perfecta, con nuestros miles de errores y diferencias, pero que pensamos, en ese momento, mantener por el resto de nuestros días.

CAPÍTULO III

Habían pasado un par meses desde aquellos días y nuestra vida se había transformado en forma significativa. En unos de esos días tome valor y le propuse a Julia venirse a vivir a casa con Bruno y conmigo. Tan solo nos conocíamos desde un breve tiempo y ella era tan joven, inteligente y talentosa que debo reconocer que temí bastante ante la posibilidad de una negativa suya. Sin embargo siempre estuve confiado y seguro acerca de la fidelidad de mis sentimientos hacia ella. Creí que la demostración más grande que podía realizar, sería ofrecerle compartir mi hogar, mis cosas, mi familia. Recuerdo muy bien, que cuando se lo dije, demoró un par de días en contestarme, pero finalmente aceptó y me sentí muy afortunado. Mi dicha no pudo ser mayor. Fue sin lugar a dudas uno de los días más felices de mi vida. El mayor escollo, si puede llamarse así, se debió a la, natural y comprensible, desconfianza de su padre ante éste extraño que separaba a su hija del hogar. Sin embargo toda esta reticencia inicial demostrada por él, fue transmutándose con el paso del tiempo, en una aceptación consensuada y respetuosa. No me caben dudas de que me investigó de alguna manera. No lo puedo afirmar, pero tampoco negar. Sin embargo una especie de sosiego me rodeaba ante esta posibilidad, no

había nada espurio en mis intenciones para con Julia. Me tranquilizaba en cierto punto.

Trabajábamos todo el día hasta las cinco de la tarde, a esa hora pasábamos a buscar a Bruno del Jardín. El muy santo se pasaba la mayor parte del día fuera de casa como nosotros. Temía que él no aceptara del todo la idea de vivir con otra mujer en la casa, teniendo latente el recuerdo de su madre, pero para mi asombro no solo la aceptó, sino que se aferró a ella de manera tan intensa que en ciertos momentos no podía diferenciar quien era más dependiente de Julia, si él o yo. Las tardes, por lo general, las ocupábamos en divertirnos. Íbamos al parque, de compras, al zoológico, al cine o a cualquier lugar cuando el clima era apacible. Tratábamos de salir lo máximo posible. Bruno, al ser tan pequeño, no tenía muchas obligaciones escolares que realizar en casa, y siempre abusábamos del tan bastardeado principio del *carpe diem*; "que aproveche y disfrute todas las tardes, ya llegarán después los años de las obligaciones". Cuando el clima era adverso, nuestro plan se reducía a quedarnos en casa, abrir juegos de mesa, ver algo de televisión y observar como cocinaba alguna delicia Julia. Si tuviera la posibilidad de elegir momentos durante mi vida para poder guardarlos en alguna memoria remota y acceder a ellos cuando los necesite, me quedaría con todos estos.

Recuerdo una tarde, que estábamos sentados sobre el césped, en el parque más grande de la ciudad. Bruno estaba a unos metros al frente nuestro, con una batería de audífonos de juguete, no sé cuantos serían, quizás treinta. Estaba muy concentrado, muy aislado del mundo. Nosotros nos encontrábamos tranquilos, manteníamos charlas que giraban en torno al trabajo, familia y algunas nimiedades. Apoyados sobre un árbol, se percibía un aroma muy fuerte a pasto y tierra. La brisa nos invitaba a relajarnos aún más, así que decidimos utilizar algunas prendas como almohada y recostarnos sobre el césped. Mirábamos el cielo que portaba un azul prístino, interrumpido a veces por un par de ramas de pino que se interponían, moviéndose y balanceándose de un lado a otro. Por cosas del azar vino a nuestra conversación el nombre de Eva. Puedo confesar que era una persona reacia a contar mi historia a los demás, esto incluía a mi familia, compañeros, conocidos, en definitiva a nadie. Era reservado en extremo. Sentía, en cierta forma, como si guardándome los recuerdos, no compartiéndolos con nadie, estos se mantendrían inalterados, impolutos, y de esa manera los apreciaría mejor en el futuro. Los atesoraba de manera enfermiza, quizás. Les atribuía personalidad propia. Inextricablemente percibía que ellos mantendrían su valor mientras más resguardados y ocultos se encontraran en mi mente. No puedo justificar esto, pero en definitiva era así. Julia se percató de mi personalidad y siempre respetó mis formas. Pero esa tarde la curiosidad pudo con ella, y me preguntó acerca de Eva.

—No había visto esto. ¿Por qué tienes este moretón? ¿Y esa curita en tu mano?—me dijo.

—Ni yo lo sé. Sabes que me pareció extraño. Cuando me levanté hoy temprano por la mañana tenía mi mano así, en este estado. Uno, de manera inconsciente, se golpea dormido, al parecer. Me ha pasado millones de veces despertar temprano con golpes en las manos o en la cabeza, pero no recuerdo alguno de esta magnitud. En realidad no sé en qué me pude haber golpeado.

—Si es extraño, pareciera que hubieras martillado algo con la mano.

—Si es un golpe muy fuerte, tanto que provocó que saliera un poco de sangre. Lo llamativo es que observé muy bien la habitación y no encontré manchas, ni en la pared ni en el espaldar de la cama. Sí hay un poco en las sabanas. Pero no creo que las sabanas sean lo suficientemente duras como para que me provoquen esta herida— le dije algo contrariado.

—Si lavas tú las sabanas, puede que estén algo duras, pero no lo suficiente como para romperte las manos. Es raro. Pero de seguro estuviste a punto de caer y golpeaste tu mano contra el suelo. Seguro no revisaste bien el suelo. Quizás esté manchado.

No me convenció mucho la suposición, pero no había otra más válida. Y en lo sobrenatural nunca creí. —Si debe ser eso, lo que si debo confesar es que me produce una molestia demasiado persistente. No es dolor. No como tal. Pero es una molestia. Por eso estoy a cada rato apretándome un poco— le dije.

Después de examinar mi mano un poco, la sostuvo y me preguntó — ¿Querías mucho a Eva?

—Sí—le dije y me quedé unos segundos pensando, puesto que me había sorprendido la pregunta y estaba un poco aturdido. Sin embargo al cabo de un momento empecé a contarle parte de mi historia con Eva.

—Cuando ingresé en la Universidad para estudiar era muy joven todavía. Recuerdo que entré con diecisiete años recién cumplidos. Había ingresado en la carrera de medicina. Obviamente que no la finalicé, solo hice tres años aprobando una cantidad de materias irrisoria, ridícula. Tanto era mi inmadurez mental, como mi inexperiencia, que me llevaron a realizar una pésima elección de carrera. Yo nada tenía que hacer en esa facultad. Vagué por los cursos sin pena ni gloria. Siendo solo un alumno presente, solo eso, sin más que eso. Nunca me motivó nada en lo absoluto. Hasta el punto en que, al cabo de tres años, decidí poner un punto final y abandonarla. Sin embargo hay una importante razón que tengo, para afirmar que mi estadía en esa casa de estudio, horrible, no fue en vano, sino todo lo contrario, se resume en una persona; Eva. Allí fue donde la

conocí. Recuerdo que la primera vez que la vi fue de espaldas. Ella acostumbraba a sentarse en los primeros asientos de la fila, yo como siempre atrás. Dicen que aquellos que se sientan adelante son los más extrovertidos de la clase, dicen. Porque aquella regla no se aplicaba a Eva. Era lo más introvertida, sencilla y humilde que puedes encontrar en una persona. Recuerdo que solo se juntaba con una persona, su gran amiga. Ésta era una chica bastante más grande que ella, bastante más corpulenta, con su pelo bastante corto. Se llama Lucia y es de las mejores personas que he conocido, igual de tímida pero con excesivo sentido del humor, extremadamente divertida. Eva no se juntaba con nadie más, solo ellas dos. Andaban de aquí para allá, de allá para aquí. Era muy hermosa, creo que ya te lo dije. Tenía su cabello largo, muy largo, lacio de color negro que le llegaba hasta casi la cintura, tenía unos enormes ojos de color verde claro, como habrás visto en las fotos que están en el cuarto de Bruno. Era muy pequeñita, muy frágil a simple vista. Su voz era tan suave que parecía que vivía musitando cosas. No me creerás, pero no le hablé hasta el segundo año de verla. Pase solo un año observándola, intentando fisgar algo de su personalidad, sus gustos, su forma de ser. Recién pude reunir valor en el siguiente ciclo. Más o menos lo que me pasó contigo. Soy demasiado lento. Es mi gran hándicap, cierto. Tiempo después, ella me confesó que yo también le atraía, pero nunca se hubiera animado a decírmelo, como la naturaleza manda, creo. Me uní a su grupo durante el año restante que permanecí en la Universidad. Ella se recibió de doctora con honores, puesto que era muy inteligente y amaba las materias. Tuve una relación muy hermosa, muy leal y muy pura. Estuvimos ocho años juntos hasta que esa enfermedad se la llevó.

—¿Cuándo le descubrieron el tumor?—me preguntó.

—Un año antes de que muriera. Empezó como un dolor de cabeza normal. No le dimos mayor importancia. Pero con el paso del tiempo, éstos se fueron acrecentando y la intensidad fue aumentando. Cuando los doctores le realizaron sus primeros análisis y tomografías corroboraron lo peor. Mierda, que fue difícil. No entendía cómo debía reaccionar, ella, debido a sus conocimientos profesionales, sabía lo que el destino le depararía y se subsumió en una profunda depresión. La acompañé lo máximo que pude. Intentaba que saliéramos a pasear, pero su ánimo no ayudaba. Pasábamos la mayor parte del tiempo en casa charlando, trabajando en pequeños proyectos que yo buscaba realizar, y cuidando a Bruno que era muy pequeño. Procuraba hacerla sentir lo más feliz posible siendo mucho mas afable y atento que lo que en realidad soy. En el último periodo vino lo más grave. Su personalidad se volvió más reacia que cualquier persona normal. Se convirtió en un ser opuesto al que había conocido y a la persona que intrínsecamente representaba ella. Se volvió bastante colérica, y no se interesaba tanto en cuidar a Bruno como lo solía hacer. Era como si se encontrara en una capsula de vidrio que la asemejaba a una persona con autismo. Podría aseverar que por momentos, hasta se olvidaba de que portaba esta enfermedad. Lo cual en algún punto me

reconfortaba, puesto que me provocaba mucho sufrimiento verla llorar. La condición de irreversibilidad de todo esto, es lo que convirtió mi vida en un completo calvario. La impotencia me inundó. Tenía problemas para mantenerse en pie en ésta última etapa y sufría de constantes convulsiones. Estuvo dos semanas en el hospital internada y allí murió. Esas semanas no me separe ni un solo día de ella.

Julia se quedo mirando a Bruno un buen rato, que seguía muy atento jugando con sus autitos. No me dijo nada acerca de Eva, quizás no se le venía nada a la mente en ese momento. Al cabo de un rato me preguntó sobre Bruno.— ¿Adoptaron a Bruno porque ella no podía tener hijos, verdad?

—Sí, es cierto. En un principio pensábamos que era yo el causante, puesto que ninguno de los dos habíamos tenido hijos antes, y era un acto reflejo personal, siempre que había un problema me lo atribuía a mí siempre. Aunque tenía razones para pensar en ello, debido a que en mi familia un tío materno era estéril y nunca pudo tener hijos. Por lo que deduje de manera automática, que a causa de la genética, debía haber heredado esa condición. Sin embargo nuestras dudas se disiparon cuando decidimos ir a la clínica de fertilidad para realizarnos análisis conjuntos. Allí le diagnosticaron un problema glandular de tipo genético, mediante el cual sus óvulos no eran liberados como corresponde, impidiendo así la fertilidad. No recuerdo bien el nombre del síndrome, debido a que en temas médicos lo dejaba todo siempre en sus manos, ella entendía todo a la perfección. Lo intentamos varias veces, utilizamos todos los métodos posibles pero no lo logramos. Con el tiempo lo aceptamos y decidimos ponernos a luchar para formar una familia. Nuestra primera opción siempre fue adoptar. Averiguamos en cuanta dependencia del Estado existiese para poder encontrar algún niño al cual ofrecerle nuestro hogar. Después de un par de años de búsqueda por fin el Estado nos otorgó la posibilidad de ser padres. Así llego Bruno a nuestras vidas.

No nos habíamos percatado de que él ya no seguía jugando, sino que se había quedado dormido sobre el césped con los autos en la mano. Enseguida se levantó Julia, lo alzó y lo cargo entre sus brazos. Se sentó donde estábamos sentados antes. A mí me dolía de modo horrible mi mano, pero disimulaba un poco. Al llegar a casa me tomaría un analgésico y el dolor desaparecería. La aprisionaba un poco contra el peso de mi cuerpo para que se adormeciera.

—Si tuvieras la posibilidad de encontrarte con ella otra vez en otro lugar, en otro mundo. ¿Qué le dirías?—me preguntó.

Se me presentaron millones de imágenes, buenas y malas también, en la mente acerca de todos esos años; de Bruno, de la casa, del trabajo, de todo y le respondí de la manera más sincera que pude. —Si volviera a verla en algún lugar, algún día, le agradecería por haber sido la persona

más importante de mi vida durante todos esos años, por haberme enseñado a ser una persona más tolerante conmigo y con los demás, por haberme enseñado que hay personas por las que es loable arriesgar la vida y por haberte puesto en mi camino, en mi vida. Porque nunca dudé que el haberte conocido fue como una especie de señal enviada por ella, desde donde quiera que esté. Me envió a la mujer de mi vida— le dije.

Julia sonrió tímidamente y puso su mano sobre mi hombro. La notaba algo distante, vaya a saber que estaba pasando por su cabeza en ese momento y decidí no fisgar sobre aquello. Charlamos sobre algún par de cosas más, y subimos a Bruno al auto para volver a casa.

Al día siguiente cuando ingresábamos al trabajo nos anoticiaron con una información que nos dejó helados por un buen rato. La policía estaba allí, antes que nosotros, inspeccionando el lugar. Revisaba todos los archivos y actas de la portería, mientras interrogaba a nuestro jefe. Se me acercó Martin y me dijo que un crimen horrible había sucedido. Habían asesinado a la esposa del portero. La habían atacado de manera salvaje y la habían ultimado de un golpe muy fuerte en la cabeza. Se me vino de inmediato la imagen del portero indolente y malhumorado a la cabeza, y del rechazo que éste me producía, trastocándose rápidamente dicha imagen, en un sentimiento de congoja, pena y misericordia. Pobre hombre. La verdad que tengo la certeza de que era un absoluto cretino, pero nadie merece morir de tan funesta forma. Pero, momento, todavía no sabía que había pasado con él, sí con su mujer. Al preguntarle a los demás ninguno de mis compañeros sabía con exactitud qué había sucedido con él. Las versiones eran tan volubles que decidí obviarlas.

Trabajé con la incertidumbre a cuestas durante una hora, hasta que terminó la interrogación del personal policial hacia mi jefe. Acto seguido salió de su oficina y me pidió que ingresara a la misma. Cerró la puerta y empezó a contarme los hechos. Resulta que la mujer del portero fue brutalmente asesinada cuando ingresaba a su casa después de visitar a unos familiares. Ingresó a su vivienda, cruzó el living, pero no alcanzó a llegar a la cocina. Su cuerpo yacía entre estas dos habitaciones. Había una gran mancha de sangre, no solo en el suelo sino también en la pared por la lógica presión de la sangre en la cabeza. Tenía un profundo corte en su cuero cabelludo, parte del mismo se encontraba hundido por la fuerza del impacto, los policías inferían que había sido golpeada por un objeto cilíndrico contundente, similar a un bate de beisbol. Mientras mi jefe me seguía contando, me preguntaba en mi cabeza cómo sabía con tanta clarividencia la escena del crimen, si él ni siquiera estuvo presente. Después él me explicaría que le mostraron varias fotos de la misma. Pero seguía sin entender que habían hecho con el cuerpo del portero. ¿Por qué nadie hablaba de él? Ahí mismo fue cuando mi superior se dignó en dirigirse al grano. No había cuerpo, ni rastro del portero por la sencilla razón de que no estaba. Solo habían hallado el cuerpo de la maltrecha mujer en el piso, sin ningún tipo de rastro del marido. Los investigadores

policiales habían realizado su trabajo inicial recolectando las pruebas o indicios de rigor. Habían contactado a la familia que habían visitado esa misma noche. Éstos confirmaron que se habían encontrado y habían mantenido una cena ambas parejas, estuvieron juntos siempre, toda la noche. Al marcharse del lugar también lo hicieron de la misma manera, juntos. El misterio radicaba en ese trayecto hasta su casa. ¿Qué había pasado en el camino? Las hipótesis de las fuerzas eran diversas, podrían haber sido víctimas de un secuestro extorsivo mal ejecutado, robo seguido de muerte, traición, sicarios, etc. Las posibilidades eran infinitas y el caso se volvía cada vez más abstruso.

—¿Sabes que Jonathan? Pienso que esto ha sido un asesinato en toda regla. Pienso que el maldito del portero mató a su esposa en algún brote psicótico de violencia familiar, o infidelidad o vaya a saber que carajos pasó. Lo que sí, es que este hijo de puta nos ha venido hurgando el trasero desde que ingresó a trabajar— me dijo mi jefe con relativa violencia.

—¿Por qué lo dice señor? ¿La policía le ha brindado alguna otra información?— le dije algo acongojado, en gran parte porque presentía sobre que venía la situación.

—¡Claro que sí, hombre! En la pesquisa que realizaron en la casa de la escena del crimen encontraron, escucha bien claro y presta atención; una notebook de la empresa, un libro contable, dos impresoras, diversas actas de entradas y salidas de empleados, un cuaderno personal mío escrito en puño y letra en el que anoto algunos contactos personales viejos, cinco celulares de empleados de la empresa y algunos dólares entre otras cosas. Te preguntarás, venido el caso, como no va a venir la policía de inmediato a interrogar al jefe de esta empresa ¿No? Lo primero que hicieron fue venir a interrogarme y prestarme posterior declaración oficial. No vamos a salir indemnes de esto, Jonathan. Ya he recibido llamadas de varias cadenas colegas, expectantes por nuestro comunicado de prensa. Ahora, vamos directo al grano. Tú eres el encargado de toda la sección que incluye la portería. ¿Cómo me puedes explicar que no hayas notado todas estas irregularidades y que no me hayas dicho ni una sola palabra?

Estaba bastante aturdido y nervioso, porque tenía razón. Todos estos hechos habían sucedido frente a mi nariz y no le había dado la suficiente importancia. Los naturalicé en su momento, como si se tratase solamente, de un cúmulo de sucesos extraños, pero cotidianos. Es más, me desligué en cierto punto y le entregué la responsabilidad, al que era el verdadero productor de todos estos robos. Lo único que atine a responderle fue; — Tiene razón señor, es verdad, llegaron a mis oídos rumores de que algunas pertenencias se extraviaban, pero en algún punto, por la vorágine de mi trabajo y la urgencia de preparar la producción periodística, descuidé mi función y obvié de darle la importancia que se merecía.

Confíé en ese señor, ese fue mi gran error.

—No es una razón suficiente para descuidar la función que le encomendé, usted sabe muy bien que debía presidir esta empresa en relación a su sector asignado, controlando la correcta y efectiva división de tareas y la asignación de recursos. No ha cumplido con su tarea, no cumplió con la función que le encomendé. Igualmente soy una persona consciente y racional, y no me es esquivo, que la persona encargada de otorgarle el puesto a ese gusano fui yo. No voy a ser injusto en ese sentido. Pero déjeme decirle una cosa. Usted en este momento ha pisado banquina, y está a punto de desbarrancar, está en un usted corregir la dirección o dirigirse al precipicio. Se va a encargar junto con mi secretaria de llevar adelante los comunicados de prensa de la empresa frente a los colegas. ¿Entendido?

—Entendido Señor—le dije, mientras salía lo más rápido posible de su oficina. Había una fuerte dicotomía en mi cabeza, debido a que tenía ganas de pedirle disculpas en un punto, pero también de romperle la cara por el trato.

Hace unos momentos había experimentado sinceros sentimientos de congoja, pena y misericordia hacia el portero. Al cabo de la charla, estos se habían tornado en una aversión y repulsión inimaginables en mí. Maldito engendro. Había asesinado a su esposa, por vaya a saber qué motivos y tuvo que huir del lugar. Averigüé después, que en la escena del crimen se encontraba el único vehículo de la familia. Pero no se hallaban ni los documentos de identidad, ni los ahorros que había en una pequeña caja de seguridad, que yacía vacía. Tenía por delante un arduo trabajo de prensa. Sin embargo lo que más me inquietaba era la posibilidad de que las fuerzas policiales no consiguieran dar con el paradero de este psicópata y ande vagando al acecho por los alrededores. Esa idea me perturbaba. Pasaron varias semanas y el tema quedó en el olvido. Nunca más volvimos a escuchar acerca de él.

CAPÍTULO IV

Estaba anocheciendo y un nerviosismo extraño empezaba a adueñarse de mí. Hacían varios días que no podía dormir bien y esto se notaba en mi aspecto y ánimo. Julia me preparaba un té de tilo mientras me analizaba sigilosamente. Se acababan de marchar unos viejos amigos de ella, que le debían la visita por el tema de ésta, su nueva casa. Estábamos los tres solos. Bruno ya dormía. La casa se sentía demasiado grande en mi cabeza. Olía a madera barnizada mezclada con desodorantes y detergentes aroma a lavanda que tanto le gustaban a Julia, si saber porqué me daba un poco de tranquilidad percibir los aromas. Una disparatada idea se formulaba en mi inconsciente, sentía como si la casa tuviera su personalidad, una especie de inteligencia artificial fría que atentaba contra mí, pero que de modo intempestivo había sido domada y

domesticada por Julia. Empecé a agitarme un poco, algunos rasgos claustrofóbicos a veces me frecuentaban. Me sentía seguro con ella a mi lado. Sin embargo nada fuera de lo normal ocurriría estando ella presente, pensaba.

Mientras Julia se llevaba las tazas de la cama, me puse a pensar en el trabajo para olvidarme de mis ridículos atisbos de demencia temprana. Sí, en el trabajo. En todas las actividades que tenía que completar el lunes, como vigilar de cerca a Martin porque tiene pareja nueva y está demasiado indolente en el trabajo. Controlar al nuevo agente de seguridad porque de manera extraña, empezaron a aparecer "ladrones" en el lugar, cuando siempre nuestra zona fue un área tranquila. Las quejas de cosas que desaparecían por arte de magia empezaban a turbarme la paciencia. Sí, me comportaba como un encargado. No lo era, en absoluto. Pero si hay algo de lo que me puedo jactar es de mi honestidad y rectitud, como siempre repito. Nuestro nuevo jefe reconocía mis aptitudes y me otorgaba funciones que no eran propias de mi trabajo, todo esto en base a la confianza que yo le generaba. No sé si esto era bien visto por mis compañeros. Quizás no, pero alguien debía de hacerlo.

Respiré profundo durante unos minutos y empecé a sentirme un poco más tranquilo, pero no del todo, así que decidí ponerme a pensar en otra cosa. Forcé a mi mente a que recordara el día en que Bruno se comió una batería de litio. No es un gran recuerdo, es verdad. Fue bastante traumático. Pero atesoro dos momentos de dicha situación. En primer lugar siempre recordaré que aquello sucedió siete días exactos después de que conocimos a Bruno. Todo era novedad, emoción y amor. Tanto Eva como yo éramos padres primerizos, con todo lo que ello implica. Exagerábamos cualquier situación peligrosa hasta el límite de lo ridículo, en una clara muestra de incompetencia inocente. El suceso de la batería fue algo que afloró en mi algo desconocido en los treinta años de vida que portaba. Nunca en mi vida había tenido a alguien a cargo. Ni siquiera animales propios, siempre estaban a cargo de mis padres, mucho menos niños. No conocía, ni comprendía el sentimiento de protección hacia otro ser, hasta el punto de arriesgar la propia integridad. No tenía idea del instinto paternal, hasta ese día. Nunca fui una persona particularmente valiente pero en ese momento estuve lo más cerca posible de serlo. En un instante que duró menos que un milisegundo lo tomé en mis brazos, lo puse sobre mis rodillas y lo golpeé fuerte en la espalda unas tres veces. En este último intento expulsó la pila hacia el suelo con tanta violencia que ésta se abolló en una esquina. Lo miré a la cara, noté que respiraba con regularidad ahora, lo tomé de su brazo y salí de inmediato hacia el hospital. Durante todo este suceso Eva había permanecido inmóvil, con la mirada perpleja y envuelta en llanto. No reaccionaba. Cuando íbamos en camino, reflexionaba que en cualquier otro momento de mi vida, hubiera reaccionado de la misma forma que ella. Pero algo había cambiado en mí. Era la misma persona con todos mis defectos, pero ahora me veía obligado a ser valiente. Ahora debía proteger a otra persona. En segundo

lugar, porque a causa de este suceso, tuvimos una gran discusión con Eva, pero poco tiempo después nos reconciliamos y prometimos que sería la última vez que discutiríamos. Así fue hasta el último de sus días. Siempre voy a tener presente ese día.

Julia se acostó a mi lado y empezó a masajearme el pecho. Eran casi la una de la madrugada y ya tenía demasiado sueño. Estaba despierta solo porque me veía con mal aspecto. Yo intentaba que, en cierto modo, por fin se durmiera porque me provocaba una especie de presión extra sentirla tan pendiente de mi. Sentía como si el suceso aparecería irremediabilmente.

—Llevamos muchos días juntos y nunca te vi así. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? ¿Te duele algo?— me dijo preocupada.

—No, no tranquila amor. No estoy enfermo, ni tampoco me duele nada. Te lo aseguro. Es solo que creo que trabajar tanto y dormir tan poco, me llevan a estos picos de stress que tanto malestar me provocan.

—Mira, yo también trabajo mucho, duermo poco y sin embargo no me tiemblan las manos en este punto, ni tampoco sufro cambios de humor tan repentinos como hoy.

—Estoy muy cansado, perdón si fui descortés con tus amigos. Lo que pasa es que las dos horas que estuvieron aquí, me empezaron a pesar. Necesitaba ir a ducharme y acostarme temprano. Sabes que esto es circunstancial y que no me pasa siempre. Aunque viéndolo desde tu perspectiva te entiendo, si lo notaste es muy probable que ellos también lo hayan notado y haya quedado como un grosero. Te pido otra vez disculpas. Yo no soy así. Invéntales algo. Diles que tengo algún pariente enfermo, o algo por el estilo. Me debo haber visto como un imbécil – le dije compungido.

—Está bien, no te preocupes. De eso me encargo yo. Tengo sueño y me duermo, pero no me gusta verte tan nervioso. La semana que viene te coordino una visita con un doctor. Esto no es nada normal para mí.

—No es necesario amor, me pasa siempre. Te repito que esto es normal en mí. Igual lo podemos seguir charlando mañana yo también tengo sueño— le dije mientras esperaba que por fin se durmiera.

Me lanzó una mirada de notorio malestar e insatisfacción, pero me dio un beso y se acostó. Me quedé un rato esperando que su respiración se tornara lo mas sibilante posible, para poder asegurarme de que se haya quedado dormida. Bajo ningún concepto estaba dispuesto a contarle el trastorno que me persigue desde mi adolescencia.

Ya se encontraba completamente dormida. Ahora si la soledad se hacía latente. Soy el único ser presente y racional en la habitación. El otro ser esta durmiendo, que es casi lo mismo a estar muerto, no tiene noción de nada. Soy el único ser consciente en la casa, Bruno está durmiendo también. Cualquier situación que suceda solo podrá ser vista por mis ojos y no habrá más testigos que yo. Volvió aquel atisbo de nerviosismo a la habitación, e intenté desviar mis pensamientos por tercera vez, poniéndome a pensar en otra cosa. Decidí ponerme a pensar en los aviones. Y en el pánico que sentía subirme a ellos. Solo abordé uno en una oportunidad para ir a conocer Asia y diablos, que sensación más horrible me provocó. Pensaba en esto, porque de uno u otro modo me sentía a salvo. Cualquier viaje por el interior de mi país lo hacía por tierra, desechaba cualquier tipo de viaje aéreo que me quisieran ofrecer desde mi trabajo. Evite una y mil veces, en todas las vacaciones de mi vida, viajar a países lejanos solo para no subirme a esas maquinas del demonio. ¿Cómo se le ocurre a los ingenieros y medios de difusión aseverar que este transporte es el más seguro sobre la tierra? ¿Será marketing? Demasiado dinero invierten las empresas en publicidad como para contarnos la verdad acerca de la seguridad de estas naves. ¿Más seguro sobre la tierra? Pensándolo de otro modo puede que sí, que proporcionalmente sea inferior en cuanto a siniestros en comparación a trenes, ómnibus o taxis, pero si hay algo acerca de lo que no se puede discutir es sobre su infalibilidad. Si te subes a uno y falla, ya puedes estar poniéndote presentable y preparando tu curriculum para San Pedro. No perdona. Si tan solo pensáramos, cuando lo abordamos, de que nos estamos subiendo a una capsula de metal y aluminio con toneladas de combustible encima, que en segundos viaja como a mil kilómetros de altura y a setecientos kilómetros por hora, nos pondríamos en perspectiva acerca del riesgo. No creo en la perfección. Ni la humana, ni la tecnológica. Todo puede fallar algún día. Nadie me garantiza nada. Es como portar un revolver imaginario con novecientos noventa y nueve casquillos vacíos y uno solo cargado. Y al momento de viajar debemos gatillar. Hay muchas probabilidades de que no pase nada, pero en algún momento podemos tener la mala fortuna o desdicha de dar con el casquillo indicado. Es una lotería. Pensar como un cavernario me ha traído muchas burlas e inconvenientes en mi vida. Innecesarias, diría mi familia. Siempre las obvié. Si algún día llegara a pasar algo de estas características no me salvarían ni ellos, ni los técnicos, ni las empresas de publicidad, ni los gerentes. Prefería pensar mil veces de dicha manera, como un troglodita, antes que ser un obsecuente. Al fin y al cabo si no me preocupo por mí mismo. ¿Quién lo va a hacer? Empecé a ponerme un poco colérico de manera infantil e innecesaria, recordaba cómo era objeto de bromas y burlas por parte de compañeros y conocidos. ¿Quién me manda a ponerme a pensar en esto a estas horas? Lo cierto es que los parpados me pesaban toneladas y ya no podía aguantarlos abiertos. Miré mi reloj y eran las doce y treinta minutos de la noche. Los brazos y las piernas empezaron a cosquillearme y una profunda sensación de

relajación corrió por mi espalda.

Caminando por la calle con Julia, nos cruzamos a un perro de color negro que iba en dirección contraria. Nos sorprendimos un poco, por cuanto el animal tenía los ojos un poco hundidos y lagañosos. Su cuerpo se encontraba demasiado delgado, su hocico parecía seco y su pelaje estaba empezando a cubrirse por pelos blanquecinos. Entendí que nos encontrábamos frente a un perro en condición de senectud, le calculábamos unos catorce o quince años. Pero lo que nos llamó, de manera poderosa, la atención fue que el animal no se comportaba como tal. Se mostraba con una lozanía inusitada. Saltaba de un lugar hacia otro, llevaba un hueso de juguete en la boca y lo lanzaba hacia arriba una y otra vez. Cada vez que se cruzaba con otro perro se envolvían en carreras imaginarias interminables. Los demás perros iban a orinar las plantas y enredaderas de las casas levantando sus patas traseras, pero él no. Todavía orinaba en cuatro patas. Me pareció muy extraño que un cachorro pudiera verse así, pero de algún modo lo naturalicé. A todo esto, no sé cómo, estábamos sentados en un banquito improvisado en la vereda del barrio. Seguíamos observando al animal, cuando a lo lejos, empezaron a asomarse dos siluetas. Eran una pareja. El hombre era un señor alto, muy alto de color de piel negra. La mujer era Eva. Se acercaban a pasos agigantados, parecía que en un paso avanzaban tres. Se pusieron frente a nosotros y nos miraron. Estaban muy extraños, tenían como una especie de pupilas infinitas. Sus ojos eran completamente negros. Un color negro demasiado oscuro, tanto, que había colonizado cualquier parte blanca de sus ojos. Parecían enfermos. Eva me preguntó si había visto a su perro y empezó a describirlo. Julia sonrió y le dijo que se encontraba detrás del árbol más grande. Les dijo que parecía que estaba jugando a las escondidas, porque apenas los había visto venir, había corrido a esconderse detrás de la planta. No nos dijeron nada, dieron media vuelta y fueron en busca del perro. Éste, cuando los vio encima no hizo nada. Solo encogió la cola, cerró los ojos e hizo gestos como si fuera a recibir un golpe. Ellos lo agarraron violentamente de las patas traseras y se lo llevaron por donde vinieron. El perro se alejaba chillando y aullando caminando con sus patas delanteras en reversa, queriendo sujetarse del suelo, puesto que sus patas traseras iban suspendidas en el aire, sujetadas por ellos dos.

Di un respingo fuerte y mire a mí alrededor. Estaba en mi habitación con Julia a mi lado durmiendo. Esta circunstancia había sido solo un sueño. Estaba exaltado. Lo curioso era que durante este lapso había tenido los ojos entreabiertos mirando un punto fijo en la oscuridad. Es decir, que ni siquiera había cerrado los ojos y mi cabeza ya había empezado a soñar. Miré el reloj y eran las doce y treinta y seis minutos. Solo habían pasado seis minutos. Esto ya me había sucedido innumerables veces así que empecé a tranquilizarme de a poco. Pero no por mucho tiempo.

Decidí encender la lámpara del velador de mi lado para que el ambiente no se quedara a oscuras. Mis parpados empezaban a ceder otra vez. Sentía una presión muy fuerte sobre la frente que me incitaba a dormir. Se entumecieron todos los músculos de mis manos y piernas. Mi respiración comenzó a ralentizarse hasta volverse casi imperceptible. Sabía que el momento estaba cerca, lo presentía, pero siempre afloraba en mí la inocente esperanza de que no sucediera. Había noches en donde parecía que iba a suceder pero al final no sucedía y podía dormir de manera plácida. Pero este no era el caso. De repente me encontré inmerso en el. Ya no podía hacer nada ni resistirme. Ya llegó, ya se encontraba aquí. Sentí como si alguien me hubiera arrojado una sabana diáfana y fría sobre mí. Podía observar con claridad todos los muebles de la habitación que me rodeaban. Podía sentir aromas, ver con contundencia y escuchar nítidamente. Pero no podía hacer nada. No podía hacer todo aquello para lo cual el cuerpo humano fue diseñado y puesto en la tierra. No podía moverme. No podía moverme en absoluto. No tenía control sobre ninguna parte de mi cuerpo. Ni siquiera mis párpados. Mi respiración trabajaba como siempre de manera automática y autónoma, y agradezco que el cuerpo humano funcione de esta forma, porque de lo contrario en este estado ya estaría muerto. Estoy seguro que esta sensación es lo más cercano a la tetraplejía que puede experimentar un ser humano. Escandalosamente horrible. Tétrico. Lúgubre. Y todas las características que puedan describir la sensación de estar muerto en vida. Mi respiración se vuelve tan suave e imperceptible que pareciera que en cualquier momento va a desvanecerse, a apagarse como una vela cuando lucha contra la brisa por mantenerse viva. Sentía que mi cerebro se encontraba dividido en dos partes, en donde una de ellas no funcionaba, para ser más exacto, percibía que mi parte izquierda del cerebro estaba muerta o paralizada y solo tenía la parte derecha del mismo para dominar todo mi cuerpo. Intenté que éste trabaje en sus limitaciones enviando impulsos nerviosos hacia mis dedos, mis manos y mis piernas, pero era en vano. No logré mover ninguna parte de mi cuerpo. No sé bien cuantos minutos llevo, uno o dos, pero parece una eternidad. Por dentro estoy gritando de angustia y rabia. Por fuera seguro, me encuentro plácidamente acostado, como dormitando con los ojos entreabiertos y con la sensación de estar descansando. Nadie podría socorrerme, porque nadie se dará cuenta de lo que realmente estoy sintiendo. En la posición en la que me encuentro solo puedo ver la espalda de Julia. Me gustaría tocarla y que me empujara fuerte o algo similar. Algo que provoque en mi cerebro alguna reacción que lo obligue a despertar. Pero no puedo. Ni la sensación de inmovilidad completa, ni la experiencia de sentir mi mente anormal, ralentizada, funcionando al cincuenta por ciento se pueden asemejar a lo que representa la manifestación de la posible muerte y lo que eso conlleva. En ese momento en mi interior luchan y se repelen tres opciones como futuros inmediatos. La primera es la muerte, lisa y llana. La más drástica, pero la más sensata, acorde a las penurias que uno experimenta en tal aciaga experiencia. La segunda, la posibilidad del no retorno. La que transita la irreversibilidad. La que extenua la agonía y

sufrimiento hasta los últimos días. La pesadilla de no moverse nunca más. La de observarse para siempre postrado sobre una cama o en el mejor de los casos en una silla de ruedas. La que trunca todos los sueños posibles. Casi tan terrorífica como la anterior. Después se presenta la tercera opción, la salida de todo esto. La que espero, con desesperación. La que pone a fin a toda esta porquería. La que le imploro a Dios prometiéndole cosas de muy difícil cumplimiento. La que por lo menos hasta ahora nunca ha fallado. Despertarse, tan solo eso. Abrir los ojos, en todo sentido, y determinar que todo se trató de un lóbrego ensueño. Una singularidad del cerebro. Una falla o anomalía biológica. Algo real o terrenal para contrarrestar lo metafísico. Mi asombro no cesa y no puedo explicar porque padezco este cúmulo de sensaciones tétricas, cuando en realidad sé muy bien que, casi nunca ninguna persona sufrió consecuencias mortales a causa de esto. Quizás algunos pocos. Sin embargo de manera tozuda mi mente se empeña en conjeturar las peores posibilidades obviando la información y la experiencia empírica. Es como si sufriera un lapsus de memoria en ese instante que me impide recordar estas palabras y reaccionar de manera racional.

De repente un atisbo de esperanza se presenta en mis manos. Comienzo a sentir las puntas de mis dedos y estos se mueven de manera tímida, casi imperceptibles hacia arriba. Como si receptaran algunos ínfimos impulsos eléctricos. En paralelo comienzo a experimentar una especie de incomodidad o presión en mi cabeza. Como si la fuerza interior inútil que ejercí durante estos minutos comenzara a surtir efecto. Como en una olla a presión, la tensión y la fuerza, comienzan a mostrar su fuerza in crescendo. Cada vez un poco más, y más. Siento que puedo mover ya mis párpados, lo cual no logro determinar si efectivamente es real o solo es producto de mi imaginación. Todo sucede demasiado rápido, como en una milésima de segundo, aunque la tensión y la angustia se manejen en horas. Siento que todo ha llegado a su punto de máxima expresión, provocando una explosión en mi cabeza. Culmina de esta forma. Como si de repente escuchara un "clic" ejecutado por alguien. Un interruptor que se activa en mi cabeza. Es real. Aseguraría que puedo escuchar ese "clic" y de inmediato, la normalidad. Me reintegro en tiempo y espacio. Me reconcilio con el mundo real otra vez. Mi respiración empieza a estabilizarse hasta llegar a su punto normal. Miro mis manos, las doy vuelta, las empiezo a mover de modo veloz. Las abro y cierro con suma rapidez, para corroborar si tengo absoluto control sobre ellas. Toco mi frente y noto que estoy frío, pero a la vez transpirado. Levanto un poco mis piernas para poder verlas. Levanto mi torso bruscamente de la cama quedando sentado sobre la misma. La violencia con la que me senté fue tal, que propició el fin del placentero sueño de Julia. Ésta se reincorpora, se da vuelta, y me mira con cara somnolienta y de pocos amigos.

—¿Qué demonios te pasa?— me espetó con molestia.

Tardé un poco en reaccionar. Como treinta segundos. Ella no lo notaba porque todavía estaba un poco dormida. Yo movía mi cabeza de un lado hacia el otro y miraba sin sentido todos los objetos que me rodeaban. —La puse para que sonara a las cinco de la mañana. ¿Qué hora es?— le respondí bien confundido y aturdido aun por el suceso. No lograba coordinar en ese lapso de tiempo, palabras con ideas. Necesitaba algunos segundos más de tregua al menos.

—¿Qué? ¿Qué cosa pusiste? Te pregunté qué te sucede— me dijo. Me quede en silencio, otro buen rato. Evaluando acerca de lo que me había sucedido, sin contestarle. Pensaba en cómo podía perder la noción de tiempo y espacio tan rápido, si hacía como dos minutos atrás, estaba totalmente consciente. Lo paradójica que podía ser la mente en determinados momentos. A todo esto, seguía en silencio y ya habían pasado otros treinta segundos como mínimo.

Julia se impacientó y logró desentrañar que me estaba sucediendo. Me empezó a acariciar el hombro y me tomó de la mano. Notaba mi nerviosismo y mi intranquilidad, sabía que esto iba en serio. —¿Otra vez lo mismo, no? Esto es igual a lo que te sucedió el domingo lluvioso, cuando volvimos del viaje al sur. Reaccionaste de idéntica manera—.

Era la segunda vez que me pasaba estando con ella. Era cierto, la primera vez que me sucedió en su presencia, fue aquel domingo después de un viaje de once horas en auto. Veníamos de pasar un fin de semana muy hermoso en el mar, había sido un regalo del padre de Julia como muestra de gratitud hacia mi persona. O eso creo. El tiene muchos amigos empresarios en la zona y nos hizo ese presente. Recuerdo que estaba agotadísimo, pero no física sino mentalmente. Tenía ganas de desmayarme sobre la cama apenas pusiera un pie en la habitación. Sin embargo cuando me acosté, no podía dormir. Me sucedió de idéntica manera, lo mismo que acababa de presenciar ahora. Y exactamente lo mismo que me ha sucedido a lo largo de toda mi vida a partir de mi adolescencia. Ella ahora era testigo privilegiada de mi pesar. No encuentro alguna razón válida para explicar mi actitud de negación ante esto. No solo hacia ella, sino hacia todos. Durante toda mi vida las únicas personas que tenían conocimiento acerca de esto, eran Eva y un viejo doctor al cual le expliqué mi cuadro. Debido a mi extraña personalidad, lo que menos perseguía en mis asuntos, era llamar la atención de los demás, lo evitaba por completo. Sabía que revelar un evento de estas características sería razón suficiente, para preocupar a todos los que me rodean generando un escándalo innecesario. Sin embargo me vi atrincherado ante tales pruebas y no tuve otra opción que confesarle mi trastorno a Julia.

—Sí, sí lo es. Es lo mismo— le dije con un tono de resignación, más calmado y relajado.

—¡Lo sabía! Sabía que era anormal lo que te paso aquella vez, pero te empecinaste en negármelo en la cara. No tienes salida. Cuéntame toda la verdad ahora. Sabes muy bien, que no hay otra cosa que quiera más que ayudarte.

Me tomé un par de minutos más, prepare algo de café para nosotros, y lo traje a la cama. Notaba que ella me miraba con una notoria preocupación. Más bien creo que ella esperaba que le dé una explicación de índole psicológica. Como algún trauma de la niñez o algún desorden mental, algo con la suficiente gravedad como para permitir que éste, me siga atosigando hasta esta edad. No le pregunté, pero puedo llegar a inferir que su mente iba en dirección hacia alguna posible vejación o violencia familiar que haya sufrido de pequeño. Nada más lejos de lo real. Para mis padres era tan insignificante y poco importante, que ni siquiera se molestaban en regañarme si realizaba algo mal. Prácticamente no existía, solo sus asuntos. Recuerdo, de manera muy clara, ser llamado por ellos; pequeño camaleón, debido a que siempre encontraba la forma de camuflarme en el auto cada vez que salían, para poder estar con ellos. Siempre creí ser un mero trámite más. Pero ese es otro tema.

—Julia, te mentí, es verdad. Te mentí la otra vez. Tienes razón. Estos dos episodios han sido lo mismo. La misma cara de la moneda. No quería que te preocuparas por mí. No te asustes. Es algo sin importancia, solo que me altera demasiado por mi forma de ser. Creo que soy un tanto cobarde. Sí, eso es. Quiero dejarte en claro que no está en riesgo mi salud, ni mi vida. Muchas personas conviven con esto y lo sobrellevan de una mejor manera. Confieso que soy débil en ese sentido, pero... — pretendía seguir hablando, pero ella me interrumpió de modo brusco.

—¿Soportar? ¿Estás enfermo? Se mas conciso por el amor del universo, que sigo sin entender nada.

—Tienes razón. Sufro de parálisis del sueño. Desde que soy adolescente. Esporádicamente padezco esta incapacidad. Llevo la mitad de mi vida conviviendo con esto y sin embargo no logro domesticarlo. No logro domesticar mi cerebro para que tome el control de mi psiquis y me apacigüe. Debo naturalizarlo y no puedo. Lo intento pero no puedo.

—¿Qué es la parálisis esa? ¿Una enfermedad?— me preguntó.

—No, es un trastorno. No es una enfermedad. Como te dije, nada de esto afecta a mi salud, ni pone en riesgo mi vida. Es algo que tengo que aceptar y sobrellevar. Es una incapacidad para moverme que dura aproximadamente un minuto o dos. Como habrás notado, siempre me ocurre cuando estoy por dormirme. Es como si no pudiera dormirme por completo, y solo logra dormirse mi cuerpo. Esto ocurre durante ese tiempo, hasta que después me despierto en forma total, de un respingo. Normalmente la gente se despierta y ya. Yo creo que le otorgo más

dramatismo que la media generalizada.

—¿Cómo sabes acerca de esto que me estás diciendo? ¿Cómo sabes que no está en peligro tu salud? ¿Lo averiguaste solo, o te lo dijo algún profesional?— me dijo en tono inquisitivo.

— Está en los libros, en artículos de divulgación científica, en internet, en todos lados. Claro que fui a un profesional, obvio. Hace muchos años, fui a un doctor, ya entrado en años, de la capital. Me dijo todo esto que te estoy contando. Me habló sobre el carácter inofensivo del trastorno. Mencionó que no debía preocuparme, que debía naturalizarlo. Que solo se trataba de un trastorno del sueño más. Por lo tanto, esto respondía a un desorden personal, relativo a hábitos y estilos de vida. No recuerdo muy bien. Creo que lo atribuyó al stress y a las paupérrimas horas de sueño que yo le daba a mi cuerpo. Dormía muy poco en esa época, recuerdo. En realidad me cuidaba muy poco. Quizás allí se gestó todo esto, no lo sé. No estoy seguro. Lo que si estoy seguro es que no debes preocuparte por mí, cuando me pase otra vez, solo ignórame por favor.

—No seas ridículo. Me acabas de decir que solamente has ido a un médico por esto. Y encima hace muchos años. ¿Cómo quieres que me quede tranquila? Para mí esto no es nada normal. Estabas alienado, como fuera de este mundo. Amor, puede que tengas razón. Puede que sea todo lo que tú dices. Pero déjame confiar más en la palabra de los profesionales. Solo ahí me quedaré tranquila. Voy a buscar un doctor de confianza para que te analice y saque sus conclusiones. Estoy segura que si fuera al revés y me sucediera esto a mí, tú me dirías lo mismo.

—Te repito querida, no necesito mas doctores. Me volverán a decir lo mismo que me dijo mi médico hace tiempo. Es inútil. Lo considero una falta de tiempo y de dinero. Estoy sano al cien por cien— le respondí.

—Mañana te saco un turno con el Doctor Rosenberg, es una eminencia caminante. Lo conozco desde niña, gracias a una amistad gigante que tiene con mi padre. No solo es un profesional extremadamente inteligente, sino también es muy gentil y dedicado con sus pacientes. Para él, ellos son su absoluta prioridad y te lo hace sentir. No te arrepentirás de haberlo conocido, mi amor. El inconveniente es que tiene mucho trabajo, y tendré que victimizarme un poco para que me otorgue el turno más próximo.

Julia no me había escuchado. Mejor dicho, había obviado mis palabras. Estaba ofuscada y preocupada a la vez. Odiaba la idea de visitar a otro doctor por el mismo tema. Era lo último que deseaba hacer. Pero por otra parte no quería incordiar a Julia con este tema. Ella tenía demasiados problemas como para que yo le adicione otro. Pero sin lugar a dudas, lo más significativo de esta charla, es que me hallaba frente a una mujer molesta y colérica a la una de la mañana. Sabía perfectamente lo que eso significaba. No quería embarcarme en una batalla en la que sabía que

nunca, ni en mis mejores sueños, iba a ganar, así que asentí implícitamente.

Estábamos bastante cansados para ese entonces, así que volvimos a acomodar las cosas en la cama y nos acostamos. Julia estaba extenuada, se le notaban de lejos las ojeras. Había tenido un día demasiado agotador. Yo estaba un poco más fresco puesto que había hecho oficina, y no campo esa jornada. Una vez acostados Julia me abrazó por la espalda, y de esa manera, sin movernos dormimos hasta el otro día.

CAPÍTULO V

Al día siguiente desperté algo confuso. Tenía la somera idea de que había permanecido dormido durante una semana y que el día de ayer no había sucedido, sino que iba a suceder alguno de estos días. Me tomó unos minutos de esfuerzo intelectual, recordar y reordenar mis ideas para centrarme en el día actual. Todavía seguía en la cama. Julia ya no estaba, se había levantado hace algunos momentos. Escuchaba ruidos por la cocina, por lo que con seguridad, se encontraba preparando el desayuno. De manera repentina se me vino a la mente la frase en la cual me aseguraba que me acompañaría al doctor y tan solo eso, me provocaba un relativo incordio que me predisponía a levantarme no con buenos ánimos. Sin embargo el aroma a café caliente, que ingresaba en la habitación, empezó a hacerme cambiar de idea. Me di un baño rápido y me dirigí hacia la cocina. Ella se encontraba desenchajada, como urgida de tiempo, ya se había puesto su ropa de trabajo, lista para salir. Por lo visto esta vez no nos iríamos juntos como solíamos hacerlo siempre. Me comentó que había olvidado que tenía cita con el dentista por la tarde, y que por lo tanto debía ir más temprano al trabajo, así adelantaba sus actividades saliendo una hora antes. Mientras recién me sentaba, y predisponía a desayunar y leer el periódico, escuche un fugaz "adiós amor, nos vemos", saliendo como un rayo. Me relajé como un niño, debido a que nada había mencionado acerca del turno que prometió sacarme con su médico de confianza. Quizás en la vorágine del trabajo hasta se olvide de este sinsentido, pensé. Tal vez reflexionó durante la mañana y comprendió todo lo que le había dicho anoche y decidió no invadir mi espacio, subyugándome con visitar a ese tal Dr. Rottemberg, Rosenberg, o como sea. Al fin y al cabo quien más me conoce en mi intimidad, aunque suene redundante, soy yo mismo. ¿Quién mas puede decidir lo mejor para mí, que yo? La apacibilidad hogareña me adormeció y sentado en la mullida silla de la cocina me relajé pensando en lo inteligente y sensata que era Julia. Por supuesto, ella evaluó su accionar de anoche y doy por seguro que lo consideró precipitado. Claramente se había asustado un poco, y reaccionó de tal forma. Pero ante mi insistencia en la negativa de concurrir a un profesional, por algo tan relativo como un pequeño trastorno, ponderó mis fundamentos y reclinó en su postura. Una sonrisa pueril se posó en mi cara, mientras miraba como el reloj azul de la pared giraba sus agujas en la silenciosa cocina. Después de unos momentos,

entré en cuenta de que ya era hora de levantar y cambiar a Bruno para llevarlo al jardín. Me levanté de inmediato y me dirigí a su habitación. Este dormía plácidamente, de un modo tan sereno que daba gusto verlo. Era una verdadera maldad despertarlo, pero que más se puede hacer. Esas son las reglas de la vida, mantenerse activo y despierto la mayor cantidad de horas posibles, sin importar si eres productivo o no. En el preciso momento en que estoy por despertarlo, observo una nota en la mesita al lado de la cuna. Me detengo a leerla y la misma contenía lo siguiente: "Amor, acuérdate de guardarle las plastilinas grandes en su mochila, no las guardé yo porque se aplastarían con el tiempo, se las guardas cuando se baje del auto, recién ahí. Ayer su maestra me lo encargó. También pon una campera de más, porque hoy el clima va a estar frío, por las dudas que ensucie la otra. Besos. Posdata. Ni pienses que me olvide lo del Dr. Rosenberg, te saqué turno para hoy en la tarde, después hablamos con quien dejamos a Bruno". Bueno, al menos estoy vivo.

Esa mañana duró menos que mi felicidad por el utópico olvido de Julia. En un abrir y cerrar de ojos eran ya, las cuatro de la tarde. Ella ya se había marchado del trabajo hacía un buen rato y habíamos quedado en encontrarnos en una cafetería cercana de allí, para acompañarme al mencionado profesional. Decidí dejar el auto aparcado en el estacionamiento de la empresa, debido a que el café quedaba a cuatro cuadras. Mientras iba en camino, me puse algo nostálgico al mirar a mí alrededor, observaba como habían mutado aquellas calles desde que era niño. ¿Dónde estaban los grandes árboles? Solía venir a este lugar con mi bella y querida abuela Lucía. Cómo quería a mi abuela. Ella era la única que, de corazón, se preocupaba por mí. Sin que exista ninguna obligación de su parte, sin más que el verdadero amor desinteresado. Como me gustaría tenerla conmigo una vez más siquiera. No siento rencor o resentimiento hacia mis padres, sino más bien, me invade una especie de escozor, o resquemor por todo aquello que no hicieron por mí. Quizás se trate una característica intrínseca que detento, esperar demasiado de todos. Quizás ella sea la responsable de todo esto. Sin embargo de ellos esperé siempre mucho más, o tan solo algo siquiera. Mi carácter circunspecto, es sin lugar a dudas una herencia indiscutida por parte de ellos, aunque nunca en el calibre con el que ellos se manejaban. Mi abuela siempre fue mi cable a tierra. La mayor cantidad de lugares descubiertos durante mi infancia fueron posibles gracias a ella y a la gigante preocupación que tenía hacia mí. Recuerdo esperar ansioso los fines de semana y los feriados también, escuchar el sonido del timbre de casa, que me avisaba que ella había llegado. Su casa, la calle, un hospital, el cine, la plaza, cualquier lugar. O algo tan simple, como poder preguntarle a alguien, infinidad de cuestiones que se me venían a la cabeza. Hermosos recuerdos. Sin embargo, que mortecinos se veían ahora los pocos árboles que quedaban. La tierra, que les servía de sostén a los anteriores ya era cemento y los espacios que estos ocupaban, ahora eran dominio de grandes edificaciones comerciales. Sin embargo pensando con detenimiento, creo que mi recuerdo sería aun más doloroso si los arboles

aún se mantuvieran en pie ahí donde se hallaban. Recordaría con mayor nitidez todos estos momentos muertos, pasados, y mi zozobra se agudizaría. Mejor así. Hay que dejar pasar el tiempo y las etapas. Aquello ya fue, ya pasó y no volverá nunca más. Eran otras calles, otros niños, otras abuelas, otros tiempos.

Al acercarme al local, pude distinguir a Julia, estaba sentada de espaldas a la vidriera. Podía distinguir su silueta a kilómetros de distancia, así estuviera de espaldas. Sin embargo, para mi sorpresa, lograba divisar la compañía de otra persona al frente suyo, parecía un hombre mayor. Cuando logré cruzar la puerta e ingresar, puedo verla con claridad. Julia al verme, realiza una mueca de sonrisa y me llama con un pequeño gesto de su mano. El hombre era mayor, de unos sesenta años, completamente calvo, un poco excedido en peso pero no tanto tampoco, usaba gafas de sol redondeadas, de traje elegante y aspecto afable. Me saludó de manera gentil y me invitó a sentarme. Julia nos presentó, me hallaba frente al Dr. Rosenberg. Esperaba encontrarme con ella, no con el así, de inmediato. ¿Por qué no me aviso por mensaje, que me iban a esperar los dos? Preferiría encontrarme con él en su consultorio y no en un café. Me parecía un poco extraño charlar con un profesional, al cual le tengo que contar parte de mi privacidad y una buena parte de mi vida, a un tipo que conozco en un café.

—Éste es el doctor Rosenberg, el médico del que tanto te hablé. Tuvo un gran gesto con nosotros al venir aquí, debido a la gran cantidad de pacientes que tenía en agenda—comentó Julia con un tono cómplice hacia él.

—Oh, claro que no. Tu Julia, eres como parte de mi familia, conozco tanto a tu padre que lo considero un hermano, siempre que me necesites me hallarás presente. Ahora para ti Jonathan, cuenta exactamente lo mismo. No duden en llamarme cuando me necesiten, estoy a sus órdenes—esbozó de una manera bastante cordial.

Asentí tímidamente con la cabeza, debido a que era la primera vez que lo veía, Julia en cambio estaba tan a gusto con él, que era casi como si estuviera charlando con su padre. Me dediqué unos segundos a prejuizarlo, que era un arte que desempeñaba bastante bien, y observé que no tenía anillo de casado, también que tenía muchos artículos lujosos en su haber; como un reloj de vaya a saber cuántos miles de dólares, gafas de las más ostensibles que existen y ropa muy fina. Para ser de una edad algo avanzada en años, tenía un aire bastante juvenil, como si no quisiera aceptar el paso de los años. Derrochaba amabilidad, condescendencia y jovialidad, de modo que, lograba hacer sentir cómodo y contento a todo el mundo. A todo el mundo, menos a mí. Si hay algo que en realidad me molesta son las personas que andan felices todo el día, queriendo contagiar a cuanto ser se le cruce por el camino. Pensaba que era pura sobreactuación, que nadie podía ser completamente feliz

todo el tiempo. Siempre intentaba fisgar en aquellos cual era su punto débil, o su cara más oculta para poder desenmascararlos. Sin embargo, sabía que todo esto era bastante apresurado, puesto que llevaba solo unos segundos conociéndolo. También me molestaba en parte que, a cada comentario o acotación le correspondía un chascarrillo. Creo que cada persona debe considerar la situación, como así también evaluar si la otra parte se encuentra de humor como para escuchar chistes estrambóticos por doquier.

Charlamos unos minutos, no sé cuantos, quizás veinte. Hablamos en su mayor parte, sobre la historia de él con la familia de Julia. Yo en ese momento pensaba que mi consulta médica iba a ser en ese preciso lugar, por cuanto que nadie me había avisado nada acerca de la metodología de la misma. Empecé a impacientarme un poco, debido al carácter superfluo que había tomado la charla y sobre todo al tiempo que estaba desperdiciando. En un momento Julia se levantó de su silla y añadió —Bueno chicos, que bueno que ahora se conozcan un poco, debo ir a buscar a Bruno al jardín porque ya se ha hecho un poco tarde y las maestras amorosamente están cuidando de él hasta estas horas. Espero que la consulta sea productiva para ambos. ¡Nos vemos Doc! ¡Te amo mi amor nos vemos!—. Me dio un beso, dio media vuelta y se marchó. —¡No te preocupes que lo voy a cuidar muy bien, y si es algo grave te paso la dirección del hospital donde esté internado!— dijo Rosenberg con un tono risueño. Mierda, pensé. Yo buscaba un médico medianamente serio, no el viejo profesor cómplice que se hace amigo de sus alumnos creyéndose uno de ellos. La seriedad y el prestigio que me había comentado acerca de él, todavía no los encontraba, puesto que para dirigirse a mí utilizaba un vocabulario bastante coloquial, a veces bucólico. No me inspiraba sensación de seriedad, ni tampoco de seguridad. Mucho menos empatía, por tanto que soy reacio a este tipo de personalidades. Estaba configurando en mi cabeza cómo sería la consulta y la acotaba lo máximo posible, al punto de relativizar al máximo mi trastorno, simplificando mis traumas y cargándole con toda la culpa a la exageración a Julia. No quería pasar más de media hora con este señor. Nos encontrábamos los dos solos ahora en la mesa.

—Bueno nos han dejado solos. No pensarás que tu consulta será aquí, en este lugar. Por esas cosas de la vida, tu mujer me llama y me empieza a comentar todo esto, en ese instante ingresa por la entrada principal de este café, en donde yo me encontraba tranquilamente sentado bebiendo algo caliente. Así que le propuse que te esperaríamos aquí tomando algo, charlando un poco— me dijo.

—No hay problema, fue usted muy amable en aceptar atenderme. Julia me comentó la cantidad de pacientes que tiene y que era muy difícil que pudiera atender a alguien sin turno, por lo que debidamente le agradezco.

—Ya te expliqué que Julia es parte de mi familia, eso te incluye a ti también. Cuando tengas cualquier tipo de duda a futuro, no dudes en llamarme, a la hora que se te ocurra. Ella ya me comentó en detalle que sufres de una especie de sueños profundos que no te dejan mover y te provocan nerviosismo. Creo tener alguna idea de lo que padeces, solo que debo corroborarlo mediante los análisis de rigor. Pero quiero que te quede algo bien en claro, siempre estaré disponible para ustedes. Además déjame decirte otra cosa muy importante. No me gusta para nada que me trates de usted. Relájate un poco, prefiero que me tutees.

—Discúlpeme doctor, toda mi vida me he manejado de la misma manera. Se me hace imposible tutear a una persona que recién conozco. Mucho menos a un profesional de su grado y con sus años de experiencia.

—¿Perdón? ¿Me estas llamando viejo? Porque aquí se termina la consulta entonces. No, es broma no me hagas caso. Voy a hacer como que no escuche eso. Yo sé muy bien que no soy un viejo—dijo y se quedo unos segundos callado mirándome. —Sigo bromeando, perdóname a veces no sé cuando parar. Jamás me podría enojar con una persona como tú.

—No quise ser impertinente o grosero, disculpe solo es que es mi forma de manejarme en la vida. Espero que sepa entender— le dije bastante nervioso y tratando de finalizar esta absurda plática.

—No me escuchas. Había dicho que jamás me podría enojar con una persona como tú. ¿No me vas a preguntar por qué?

—Bueno, está bien. ¿Por qué?— le pregunté, casi obligado.

—Julia me había dicho que se encontraba en pareja con un buen partido, pero solo eso me contó muy brevemente. Me dijo que eras guapo, pero no tanto— dijo soltando una risita bastante infantil.

Mi grado de incomodidad ante todo esto, se había exacerbado hasta casi su límite. Estaba pensando, de manera efectiva, en declinar la consulta e inventar alguna buena excusa, que me sirviera como escapatate. Solamente atiné a sonreír de manera forzada, no pude formular ninguna respuesta ante la sorpresa de la declaración.

—Tranquilo, no tienes que decir nada. Solo estoy bromeando. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Vamos para el consultorio— dijo mientras empezó a recoger sus cosas y ponerse el abrigo.

Oponer alguna excusa en ese momento hubiera sido bastante maleducado y grosero de mi parte. No quería dejarle una pésima imagen en la familia de Julia. No tuve alternativa y debí seguirle la corriente. Él se empecinó en

pagar la cuenta y así lo hizo. Salimos de ese lugar y yo me dirigí hacia las veredas, por cuanto Julia me había dicho que su consultorio quedaba a poquísimas cuadras del café. En ese momento él tomo rumbo hacia la calle y abrió la puerta de su auto que se encontraba aparcado sobre la banquina.

—¿Hacia dónde vas? Sube – me dijo lanzando un grito.

—Es que Julia me había comentado que su consultorio quedaba a unas cuadras del café y pensé que íbamos a dirigirnos caminando— le dije.

—Si es cierto, mis consultorios, en donde trabajo con mis colegas, están a tres cuadras de aquí. Pero en este momento están inutilizables, se están realizando unas reparaciones de cañerías viejas en ellos. Tendremos que ir a mi consultorio particular que tengo en casa, está a tres kilómetros de aquí, pero no te preocupes, yo te llevo y te traigo aquí mismo.

Ahora sí, una profunda desconfianza me invadió. Si no fuera porque era un conocido de muchos años de ella, hubiera jurado que ese hombre tenía intenciones de asesinarme o quitarme algún órgano. —Está bien, pero tengo que volver temprano porque Julia se encuentra sola con Bruno y eso me impacienta un poco— le dije mientras me subía.

Se la paso hablando de cuestiones superfluas y sin sentido durante todo el trayecto. No parecían tres kilómetros, sino más bien cuatro o cinco. Se podía percibir en cuanto a la organización y limpieza de su auto, que era una persona muy metódica y disciplinada. Tenía tres tipos de perfumes y todos organizados según el momento del día en que lo utilizaba. No podía accionar el perfume de la mañana en la tarde, ni mucho menos el de la tarde en la noche y peor aun el de la noche en la mañana, si lo hacía, cometía un grave sacrilegio. Me costó divisar algún ínfimo rastro de polvo o suciedad. No había. Esto contrastaba, de modo notable, con el estado en que se encuentra mi vehículo, probablemente si